

Laín y la Medicina

Pedro Laín Entralgo entra hoy en este homenaje bien merecido y archijustificado. La figura de nuestro intelectual ya tiene fuertemente acusados los perfiles de fecundidad espiritual y de rigor cultural que para ello se necesitan. Son muchas las perspectivas desde las que nos es posible enfocar y analizar la labor lainiana: ensayo, tratado, indagación histórica, artículo periodístico, conferencias y, cómo no, incluso teatro. En cualquiera de estos rostros de la actividad cognoscitiva de Laín se inscribe, con seriedad, e incluso con drama, una máxima y exigente vivencia de responsabilidad intelectual. Laín es un forzado del deber. Dicho de otro modo: es un prisionero de lo moral. Por eso sus libros, su copiosa producción escrita, rezuma de obligaciones ante él mismo y ante la sociedad en la que vive. Sus obras enseñan, y enseñan, antes que otra cosa, a ser verdaderos, a ser auténticos, si por autenticidad entendemos —y no hay otra— la fidelidad al propio programa de vida, esto es, el atenuamiento a ciertos valores que uno practica y en los que uno cree incondicionalmente.

La historia viva y modernizadora

Yo estimo que es de ahí de donde debe y puede arrancar cualquier consideración crítica en torno a la obra de Laín. Ante todo, bucear en las páginas lainianas —y la tarea no exige grandes esfuerzos— la advertencia ética que de ellas se desprende. Y que, en definitiva, puede ser vista así: he aquí un libro del autor, uno cualquiera. Aparte de lo que en él haya de contenido especulativo, o de investigación concreta, aparte, digo, de todo esto, lo primero que pide, sólo por el hecho de existir, esto es, de poder tenerlo entre las manos y hojear su índice, es una enseñanza: así hay que hacer las cosas. Así es preciso trabajar. Esto, este volumen, es verdadero y posee un entramado que el talento y la aplicación del autor ha ido poco a poco elaborando. Pues bien —parecen decirnos sus páginas—, haz tú, lector, lo propio. En lo que sea. Escritura, labor cotidiana, relación con los demás. Procura ver claro, aun cuando la acuidad y la profundidad de lo percibido no sea la misma en ti y en mí. Pero no dejes, bajo ningún pretexto —pereza, inercia, enquistamiento, fanatismo— que la pasividad te embargue y te torne estéril. He aquí, según yo pienso, la inicial lección moral que deja oír, con su sola presencia, cualquier producción de Laín. Después, o mejor, a seguida, vendrá la lectura reposada y, con ella, la enseñanza, la animación de nuestro espíritu, la claridad y, también la duda; quizá el desasosiego, o aún más allá, la discrepancia. O lo que es lo mismo: el diálogo.

¿Qué quiere decir todo esto? Pues, sencillamente, que esa obra está viva. Que alcanza vigencia. Por eso nos hace compañía y por eso, al aleccionarnos, no deja de amonestar

tácitamente nuestra cómoda pasividad. Esta pasividad tiene grandes inconvenientes. Entre otros, el no pequeño de valorar la obra del intelectual —del que sea—, desde sistemas y métodos ya fenecidos, o desde enjuiciamientos rápidos, superficiales y, en muchas sazones, meramente anecdóticos. Para mí un caso muy claro de este vicioso justiprecio frente a la producción lainiana aparece cuando el público, el gran público —y, en ocasiones, también las minorías se comportan como gran público— enfocan la faceta historiográfica de Laín. Que esa cara es amplia de recorrido y ceñida de indagaciones nadie puede negarlo. Entonces, la ecuación Laín igual a un gran historiador de la Medicina, parece que agota cumplidamente el horizonte intelectual de nuestro hombre. Como, por otra parte, la Historia de la Medicina, apenas si rebasa, en el concepto general, la imagen en desfile de una larga serie de figuras y hechos reseñables y describibles, se pasa así a entender el esfuerzo lainiano, y el de la magnífica escuela que él creó, como una tarea de catalogación, más o menos minuciosa, de lo que en el terreno médico ha ido aconteciendo a lo largo de los siglos. Naturalmente que esta idea, raquítica y adulterada, hace tiempo que ha sido superada en la historiografía en general, y en la médica en particular. La actitud intelectual de Laín y de sus colaboradores lo confirma brillantemente. Es casi obvio el afirmar que la Historia de la Medicina, tal y como la practica Laín, es una estructura compleja en la que entran las realidades clínicas, con todos sus problemas y avatares y, además, o mejor, en imbricación íntima, las corrientes filosóficas de la época que sea, las dinamicidades sociales, los factores económicos, etcétera. En resumen: la Historia de la Medicina, entendida de este modo, forma parte de un corpus cultural amplio, en él se inserta y en él participa con energía fecundante. Es también, y en un sentido muy radical, Historia grande, Historia de todos.

Es, digámoslo de una vez, Historia viva. Que se hable de Hipócrates o de Boerhave, que se hable de Alcmeón de Crotona o de Virchow, todo ello nos concierne muy de cerca. Si somos clínicos, por una serie de razones que, enumeradas a vuela pluma, suenan así: en nuestra Medicina surge una y otra vez el afán insólito de abarcar la suma explicitadora del hombre y de su mundo sobre la base de explicaciones médicas parciales. La Medicina actual tiende al gigantismo ideatorio, y éste es un peligro sumamente grave. Desde la doctrina de la alergia hasta el Psicoanálisis, o las generalizaciones fundadas en los hallazgos de la Biología molecular, asistimos, somos testigos de una arriesgada sustitución: la de una realidad limitada, valiosa pero limitada, por una concepción que se pretende posea validez universal explicitadora. Pues bien, frente al gigantismo doctrinal de nuestra Medicina, el remedio consiste en la consideración histórica. Las doctrinas, más o menos elaboradas, ya están virtualmente presentes en algún tiempo pasado. Pues una cosa son las realidades concretas —este proceso morboso, aquel procedimiento curativo— y otra muy distinta la teorización en torno a esas realidades. Primera enseñanza lainiana. Mas quisiera ser bien entendido. No se trata de sentar irresponsablemente que, desde el punto de vista histórico, todo, o casi todo, esté ya de algún modo dicho. Nada de eso. Nada está completamente dicho. Nada. En realidad de verdad, todo está por decir. Lo que pasa es que hay cosas que quedan, que deben quedar intramuros de la Medicina y de allí no moverse.

Pero el clínico, por su parte, lo que hace es dar con una explicación técnica orientadora —y siempre cambiante— de lo que le ocurre al enfermo por el hecho de estar

enfermo. Esa es la consistencia de la enfermedad como realidad intramédica. Sin embargo, lo patológico es una constante histórica —a pesar del «Stilwandel» de muchas afecciones—. Por eso puede afirmarse que el entendimiento de lo morboso es una variable histórica, aunque bajo ella fluya una corriente unitaria de aclaración intelectual. La Historia de la Medicina viene a ser el antemural que protege de la confusión entre lo que es idea explicitadora y lo que es hecho explicitado. (El problema histórico y conceptual de la inmunidad podría constituir un buen ejemplo de esto.)

Y aún hay más. Muchas veces lo que ciertos venerables patriarcas de la Clínica dijeron, aquello que sostuvieron, no es que sirva, de alguna manera, para la investigación contemporánea. Lo que me interesa acentuar es que la exigen, la piden y, en cierto sentido, la justifican.

Asistimos aquí a una aparente paradoja, a un acaecer notable que, pienso yo, jamás se ha subrayado con suficiente energía, a saber, que en este paso, *la Clínica se moderniza merced al contacto con el pasado*. Basta leer *La curación por la palabra*, obra de prima importancia en la producción lainiana, para sentir la gozosa y enérgica impresión de que ante nuestros ojos se estremece, fuerte e inquietante, la vida germinal, y a la vez plenaria, de nuestras más recientes adquisiciones psicológicas y antropológicas en las que navega, decidido e iluminador, nuestro homenajeador. El dicho de James Hillman según el cual la Psicología profunda se define como «el *logos* para el *pathos* de la *psyche*» no es, quizá, toda la verdad, pero se le aproxima bastante. Y en la espalda de esta frase resuena para nosotros, advertidos y aleccionados por Laín, el *logos* hipocrático en tanto que palabra comunicativa, o como agente de persuasión, la doctrina platónica de la acción terapéutica de la palabra, el problema de la catarsis, etc. La antigüedad clásica está aquí, de la mano de Laín, a pedir profundización, disección, aclaración.

La Historia como descubrimiento del presente

Hasta aquí las premisas médicas que la Historia de la Medicina, tal y como la entiende Laín, nos proporciona. Ya sabemos, pues, que no estamos en condiciones de generalizar los saberes médicos. Que debemos rechazar el gigantismo doctrinal. Y ya sabemos, además, que el concurso de la Medicina al conocimiento universal estriba en su papel de aclaración de determinadas incógnitas humanas.

¿Y las consecuencias? Son éstas: el mostrarnos claramente el subsuelo diacrónico de las más aventuradas doctrinas clínicas. O lo que es equivalente: la sensibilización para el campo de fuerzas cultural e histórico de los saberes clínicos. El adoctrinamiento sobre el verdadero papel de aportación parcial que la Medicina otorga a su específico contenido en relación con las grandes concepciones universales del mundo actual. La ayuda consistente en considerar el patrimonio médico —las conquistas de toda índole— como una donación y no como una solución definitiva. Como una colaboración y no como una clave universal. El hacer resaltar, con decisión, y lo que más importa, con insistencia, que todas las metódicas médicas, que todos los procederes clínicos, por sutiles que sean, por complejos y ultramodernos que resulten, suponen, indefectiblemente, una base ideatoria muy anterior en el tiempo. El clínico es creador en la medida en que